





RODRIGO MIRANDA nació en Santiago de Chile en 1974. Estudió Periodismo en la Universidad de Santiago y es Master en Escritura Creativa de la New York University. Sus artículos periodísticos se han publicado en diarios y revistas en Chile y Estados Unidos. *La expropiación* es su primera novela.



LA EXPROPIACIÓN

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 16

RODRIGO MIRANDA

LA EXPROPIACIÓN



SANGRÍA

© Rodrigo Miranda Arredondo
Inscrito en el Registro de Propiedad Intelectual de Chile
ISBN: 978-956-8681-46-3

© Derechos reservados para esta edición:
2016, SANGRÍA EDITORA
Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Carlos Labbé, Mónica Ríos, Martín Centeno y Camila Soto Illanes.
Diagramó el libro Carlos Labbé.
El diseño de colección y de portada fue realizado por Joaquín Cociña.

Esta primera edición se terminó de imprimir durante noviembre de 2016 en Imprenta Dimacofí, Santiago de Chile.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

Materiales de construcción.....	13
Hemos trabajado 257 días. Faltan 18 días.....	15
Hemos trabajado 258 días. Faltan 17 días.....	27
Hemos trabajado 259 días. Faltan 16 días.....	33
Hemos trabajado 260 días. Faltan 15 días.....	41
Hemos trabajado 261 días. Faltan 14 días.....	47
Hemos trabajado 262 días. Faltan 13 días.....	49
Hemos trabajado 263 días. Faltan 12 días.....	51
Hemos trabajado 264 días. Faltan 11 días.....	54
Hemos trabajado 265 días. Faltan 10 días.....	55
Hemos trabajado 266 días. Faltan 9 días.....	57
Hemos trabajado 267 días. Faltan 8 días.....	61
Hemos trabajado 268 días. Faltan 7 días.....	67
Teatro de la ruina.....	71
Hemos trabajado 271 días. Faltan 4 días.....	73
Hemos trabajado 272 días. Faltan 3 días.....	81
Hemos trabajado 273 días. Faltan 2 días.....	87
Hemos trabajado 274 días. Falta 1 día.....	93
El discurso del futuro.....	105
El hombre nuevo.....	143



A Harald



Materiales de construcción



Hemos trabajado 257 días. Faltan 18 días

A puro ñeque, con los miembros entumecidos, los obreros trabajaron acelerados en medio de la electromagnética. Demolieron y excavaron. Removieron 60 mil metros cúbicos de tierra. Mientras el edificio se erigía entre Namur, Villavicencio y Lastarria, reconstruyeron los dolores en sus muslos, torsos, huesos y tendones. La carne agarrotada se hizo hormigón. Cuerpos enjutos, musculaturas esmirriadas levantaron las vigas. Los extensores de las caderas se contrajeron de modo exacto, las rodillas se bloquearon y las piernas permanecieron inmóviles. Los miembros izquierdos, el brazo y el antebrazo, impulsaron las estructuras de acero, alzaron el techo. Bajo uno de los pilares se enterró un cilindro de acero con un mensaje del Presidente para los jóvenes del futuro, pero nadie recuerda qué pilar era. Planearon tener un futuro idéntico a lo que memorizaron de su pasado y juraron recrear todo, la alergia en nariz, garganta y ojos, los desastres, las plagas. Se empezó a construir a contrarreloj.

Levantaron un inmueble de 40 mil metros cuadrados para albergar la Tercera Conferencia. En la fachada de la Alameda, un letrero anunciaba los días trabajados y los que faltaban para la inauguración, un tablero artesanal con cartelitos de madera colgando de clavos cambiados a mano cada amanecer. Trabajaron las 24 horas, en tres turnos y en faenas paralelas. Su construcción demoró 275 días. Una pancarta que decía Venceremos alentaba desde lo alto el fervor, la lucha del trabajo humano contra el tiempo. El Presidente visitaba a diario las obras para alentar a los 3 mil trabajadores.

Los trabajadores marchaban erotizados hacia la obra con las palas y puños en alto. Cabezas erguidas, brazos ágiles, pasos apresurados, musculaturas enclenques alimentadas con ulpo. Los cascos brillaban al sol, sudaban piedras y cemento. Venían con los ojos rojos de entusiasmo. La construcción tenía lugar en un terreno con forma de hormiguero. Dos grupos de 11, 15 o hasta 100 trabajadores se montaban en el lomo de igual número de elefantes blancos y se disputaban las relucientes paralelas de acero de la CAP. Los paquidermos eran símbolos de la abundancia y la prosperidad. De ahí sacaban fuerza. Un elefante confiaba cada día en que hallará 225 kilos de hierbas, arbustos y hojas para pastar, para nutrirse y los encuentra. El entusiasmo flameaba y se apoderaba del tropel. No había jefe de obras ni capataz. La jornada

laboral duraba 24 horas. Trabajaban sábados, domingos y festivos. No había posibilidad de descanso. Los trabajadores insomnes se movían en sentido longitudinal y levantaban las pesadas vigas armadas traídas desde la maestranza de Cerrillos de la CINTAC. Trajinaban, volteaban carretillas, acarreaban, pujaban, transpiraban. Enderezaban y soldaban las estructuras como máquinas. Cortaban, doblaban, trenzaban fierro a ritmo febril. Se congregaban, escarbaban en la mezcla sin modorra, revolvían el hierro hirviente directamente con los puños apretados. Se tironeaban los párpados legañosos los unos a los otros para no quedarse dormidos. Entre todos, alzaban el techo siguiendo un plan. Los obreros levantaron las vigas de acero del techo sobre 16 pilares de hormigón. El empleo de elementos de fabricación nacional redujo a sólo un 10% el material importado. La empresa era enorme, un imposible. Un piso cada 50 horas.

Con asombro, los trabajadores batieron ese récord de construcción. Cumplieron las metas sobrehumanas y las superaron con frenesí. No cedían en su esfuerzo. Las barras parecían hechas de un metal de otra época. Había hormigón armado en sus entrañas.

Abarrotaron la obra y la transformaron en una fosa de fango y muñones. No dormían. Nadie permanecía quieto. Había urgencia y decisión en sus brazos. Sobrevino la

paradoja. El ritmo con que se elevaban los pisos superaba al del arribo de los materiales, el zinc, las columnas. Los insumos no daban abasto. Los cuerpos debieron disminuir la energía, economizar el empuje. El martilleo se escuchaba a cuerdas de distancia.

Los obreros se caían de los andamios, de los tabloneros, se quebraban el espinazo al azotarse contra la losa de concreto, pero se levantaban de inmediato con apariencia de invertebrados. Si eran aplastados por un derrumbe de escombros, cojeaban un rato y luego seguían trabajando con piernas varicosas y espaldas torcidas. Laboraban tan rápido que si pestañeaban se les quedaba olvidado un puño entre el hierro fundido, una mano entre los ladrillos, un codo o una rodilla en un tabique. Las sacaban rasmilladas, con llagas y ampollas, un amasijo de grietas y cicatrices achicharradas. Con sus callos petrificados seguían construyendo orgullosos, eufóricos, sin vértigo. Los brazos y piernas separados del cuerpo cobraban vida propia y seguían trabajando. Se abalanzaban a la labor y si se cortaban un dedo, al instante, el muñón se regeneraba antes de empezar a quejarse. Estaban construyendo su propia casa. Era un solo cuerpo con miles de cabezas, pellejos y extremidades vibrantes. Se daban masajes unos a otros para aliviar los calambres, se zurcían las heridas, se extirpaban las muelas cariadas con alicates calientes y seguían, sin desperdiciar sangre.

Con la piel pegada a las costillas, sus paladares endurecidos se nutrían de ripio y arena, de maicillo y cal. Al final del día, cagaban cemento, ladrillos y azulejos. Les sonaban las tripas al posarse en el suelo húmedo para succionar agua. Meaban clavos, pasta para pegar, impermeabilizante. No aflojaban los músculos, se encorvaban famélicos y desabastecidos. Ponían el cuerpo en la construcción. La poca grasa que tenían se la gastaban en aglutinar ladrillos. Eran cuerpos desnutridos, jirones de carne magra. Las piernas eran hilos esqueléticos, huesudos. La delgadez severa era una constante, pero el esfuerzo los hacía fornidos, anchos. Luchaban contra la apatía y la pereza con los dedos reventados.

En invierno se ponían pasamontañas y gorros de lana para soportar el viento. Se calentaban junto a un brasero donde también hervían la tetera. Tomaban té tiritando, mojados, castañeteando a pecho abierto. Para ahorrar, varios usaban la misma bolsita. La hacían rendir en las chocas, esos tarros convertidos en vasos con orejas de alambre. Bebían a sorbos y hasta el último concho la hierba mezclada con sudores, marraquetas, limo y estuco.

Se preguntaban quién construía el edificio. El plural era indispensable en la respuesta. La autoría era indeterminada y nadie se creía artífice. La lista mecanografiada de obreros era infinita, indivisible, invencible, invisible, insondable, indomable, indescriptible, indestructible,

inimaginable, innombrable, indañable, inconquistable. No había autor. Ahí nadie mandaba ni daba órdenes. No había patrón. No había castas sino cuerpos.

Todos trabajaban resueltos, los fuertes y los debilu-chos, simultáneamente en la torre, la techumbre y los salones, sedientos de lograr los objetivos en el tiempo requerido. El edificio contaría con un restaurante auto-servicio, biblioteca y cabinas de traducción simultánea, dactilografía de urgencia y reproducción de documen-tos, una central telefónica y una oficina de Correos y Telégrafos.

No había posibilidad de fatiga ni de bajas. Era una gesta. En posturas inverosímiles armaban pilares, pasillos, pasadizos, bóvedas. El Presidente realizaba visitas casi a diario para asegurarse de que el sueño colectivo estuviese avanzando con la sinergia que se había planeado, para apoyar a los trabajadores con fraternidad y mantenerles la moral en alto. Era el jefe de obras ideológico. Se colocaba un casco común y corriente. Sólo se le veía el imponente bigote grisáceo. Poniéndole el hombro, agarraba una pala y una carretilla. Una noche visitó la obra. Llevaba el casco algo chueco. A altas horas de la madrugada, las hormigas inagotables construían de memoria, en tinie-blas, sólo iluminadas por la épica sentimental. Todos los obreros usaban sus lentes negros y de marco grueso. Algunos se los hacían de cartón, de hilos de cobre, de

papel de diario, de hojalata. Otros se los pintaban con corcho quemado o se lo grababan en la piel con carbón hirviendo. Todos se cortaban el bigote como lo hacía él. Era un fan club, una hermandad de overoles y zapatos de seguridad. Era la fe, la droga socialista.

El edificio no tenía nombre, no tenía arquitecto. Por escaleras de palos claveteados subían piso a piso Omar Salvador Manuel Salvador Mateo Salvador Jorge Salvador Luis Salvador Roberto Salvador Oscar Salvador Benito Salvador Pedro Salvador Juan Salvador Raúl Salvador Eduardo Salvador Nolberto Carlos Salvador Héctor Salvador Segundo Salvador Rubén Salvador Primitivo Salvador Augusto Salvador Alfredo Salvador Hernán Salvador Víctor Salvador Heriberto Salvador Benedicto Salvador Domingo Salvador Leonel Salvador Ismael Salvador David Salvador Demetrio Salvador Fidel Salvador Gerardo Salvador Moisés Salvador Miguel Salvador Cecilio Salvador. La coordinación del proyecto se hizo por primera vez con el uso de la informática, el software PERT incidió en la velocidad de las obras. El nivel de esperanza y avidez no menguaban, según arrojaban los datos de las cartillas PERT.

Los arquitectos tiraban líneas, bosquejaban los planos en terreno, sentados en las vigas; sujetos sólo por sus bototos que sobresalían de los travesaños, hacían ajustes y rectificaciones sobre la marcha, equilibrándose por los

techos, fascinados y encandilados por el aplomo obrero. La construcción parecía un imposible, no era factible llevarla a término. Se creyó que iba a ser un caos. Al contrario, el mar obrero configuró un gran anfiteatro, un concierto de martillazos y tuberías con diferentes tonos, un espectáculo operático, un espectáculo total. Los actores maestrebaban sin ego y al choque de sus combos compartían protagonismo, golpeando con el mismo pulso las cañerías con sus herramientas. Cada uno desempeñaba su papel, en armonía con el otro. Rítmicamente mezclaban las voces de las bóvedas, las ojivas y las cúpulas con las flautas, los oboes, las arpas. Todos eran iguales, todos eran distintos.

Esta sinfonía productiva no buscaba la línea de ensamblaje en serie de la fábrica yanqui. Aquí no había autómatas que colocaban remaches cada dos segundos en una lámina de hierro que se deslizaban mecánicamente. Más bien funcionaba bajo los anhelos colectivos y la labor táctil traducida en la edificación de las tres unidades básicas. Placa, torre, salones. A la distancia sólo se percibían siluetas a contraluz; peones y alfiles de un tablero de hormigones románticos parecían flotar sobre la estructura en alza, una torre de cartas que podía desmoronarse al primer soplo.

Por medio de este coro la ideología socialista operaba, avanzaba con turnos de 275 días y 275 noches.

Los trabajadores no usaban huinchas, sino sus propias unidades de medida, al ojo. Un dedo, dos dedos, una uña, una cuarta, una palma de mano, una planta de pie. Hacían la mezcla, la mojaban bien, echaban la cal, la alisaban. Construían ellos mismos su granito, su gres, fundían sus metales, preparaban ellos mismos los revestimientos, forjaban el hierro, labraban el cobre, pulían los vidrios. Saboreaban con el dedo la calidad del cemento. Sabían de aritmética, geometría, mecánica, anatomía, geodesia; sabían de las nervaduras de las hojas, de las membranas de los insectos y de las curvas de los murciélagos.

Las cuadrillas se incorporaban con igualdad a la conformación de una obra escrita en plural. Los dolores musculares eran los mismos, los tendones adoctrinados. La épica productiva de la UNCTAD era el tema de conversación cotidiano. El país entero seguía paso a paso la erección del gigante socialista que alcanzaba una anatomía extraordinaria. La gente se preguntaba en la calle cuántas torres, cuántas ventanas y pisos habrán construido mientras el resto de la ciudad dormía. El barrio sería habitado por el hombre nuevo. Las torres San Borja serían su casa, la UNCTAD su centro cultural y el Parque Forestal su plaza. El desafío era nacional; el milagro, chileno. Las masas populares lo gozarían y lo identificarían como su pulmón. Alameda 227 sería la

los almacenes, las costillas que sostendrían las vísceras del edificio, sus vértebras.

La confluencia de los corredores recordaba el frescor de los antiguos pasillos de las casas coloniales. La UNCTAD era la gran casa neochilena, de bases firmes y sólidas, que serviría como simiente de los otros edificios que vendrían, la línea a seguir. A la nueva arquitectura popular ningún temblor la derribaría. Eso profesaban.

No había tiempo que perder. Como no alcanzaba el dinero para pintar la fachada, los obreros innovaron usando metales al descubierto. Con astucia e ingenio optaron por el proceso de oxidación como rasgo, como segunda piel.

Las vigas de acero de Cerrillos serían afectadas por la lluvia, la herrumbre del rocío, la niebla.

La estructura de acero de la CAP exterior no precisó de pintura porque con la pátina del tiempo y el viento adquiriría un tono naranja oscuro.

Los obreros ansiaban belleza. El óxido serviría de protección y también de pigmento.

De un trozo ornamental de la torre nacerán raíces, de la placa brotarán pegajosas selvas de pétalos y cogollos. De los salones germinarán lujuriosos follajes, alas de mariposas y helechos.

Los pilares dóricos se convertirán en polvo y serán levantados por la brisa.

El uso de metales y su degradación natural no sólo fueron utilizados en la cubierta exterior del edificio, sino también en espacios interiores.

Nidos de insectos y malezas revolotearán por las salas. El matorral crecerá con el ir y venir de los hormigones y el zumbido de los bichos se confundirá con la garúa.

El hemiciclo principal fue revestido con láminas de cobre, lo más propio de las usinas chilenas. Las aves de rapiña picotearán, agujonearán la piel cuprífera. Los halcones harán lo suyo con la carne anaranjada.

Todos se llamaban Salvador.

Hemos trabajado 258 días. Faltan 17 días

Los obreros eran capaces de camuflarse con el edificio, con las astillas de madera, piedras, murales y pedazos de acero. Sus pieles adquirían un tono cobre, pareciéndose a las láminas que cubrían las paredes. La coloración naranja presentaba manchones circulares, unos claros y otros marrones, dispuestos en cadena, en serie, que variaban de diámetro. Los trabajadores ostentaban gran variación cromática. Muchos presentaban bandas transversales más oscuras sobre un fondo claro y dos prolongaciones carnosas que les ayudaban a realizar varias actividades constructivas a la vez. Imaginaban que sus retoños colgaban de las vigas y pilares con unos ganchitos que nacían en los vértices de las crisálidas. Iban tejiendo un hilo muy fino de cobre que los sostenía, siempre manteniendo su posición erguida. En las primeras fases del ciclo evolutivo, se parecían mucho a exhuberantes huevos de arañas y orugas metálicas, con rayas doradas y anaranjadas. El último segmento de larvas terminaba

en dos prolongaciones agudas, cónicas. El tiempo que tardarían los huevos en incubarse y desarrollarse podía ser en algunos casos de hasta tres años. Los trabajadores excavaban pequeñas cuevas al interior de los pilares de hormigón armado en cuyo interior los ovoides transparentes pasaban al estado de vida latente. Los cascarones adquirieron grandes manchas circulares de borde amarillo y núcleo negro. Estos ojos falsos trataban de asustar y mantener alejados a sus enemigos segregando una sustancia de olor nauseabundo. Las orugas obreras, grandes y espinosas, se localizaban en las paredes oxidadas del edificio y adoptaban un color parecido al fondo sobre el cual estaban pegadas. Eran incomedibles para aves y reptiles. Las escamas de piel salmón estaban impregnadas con ácido úrico, residuo del propio metabolismo de los obreros que servía de protección contra los predadores. Muertos de hambre, los trabajadores a veces cedían a la tentación de alimentarse de sus propios descendientes.

La lucha era siempre la misma, la batalla de la producción, de la fecundación. Los materiales reproductivos sirvieron para reforzar la economía de medios y el programa arquitectónico ganó un cariz propio, popular. Millones le rendirán culto al edificio y lo adorarán. Eso creían. Hordas de ranas invadirán las vigas en una orgía de tejidos descompuestos. Una plaga de grillos y remolinos de langostas agujerearán las cavidades del edificio.

El altar oxidado se llenará de renacuajos, enredaderas, hongos y raíces. El vientre de la UNCTAD albergará un hervidero de óvulos fecundados. Estarán protegidos por pelos que expulsarán una sustancia ácida, la cual oxidará los metales del edificio. Sentada sobre un loto siempre limpio, la torre renacerá frondosa coronada de tallos como una deidad esculpida en cuarzo.

Los obreros colocaron mesas en la Alameda para celebrar los tijerales con empanadas y vino tinto. Durante la fiesta enterraron a 10 metros bajo tierra cápsulas del tiempo que serán abiertas el año 6972, 5 mil años después de que la primera cápsula fuera cerrada. Comieron y bebieron en nombre de los cascos abollados y la poderosa musculatura del edificio. Engulleron palas, chuzos, picotas, combos y cuñas. Aunque les faltaran piezas en sus dentaduras y tuvieran las encías sangrantes, devoraron losas, pilares, cadenas y vigas. Calmaron su hambre y sed con hierro al rojo vivo. Se sentían satisfechos. La CORFO entregó placas de estímulo al trabajo, al poder popular, al factor humano, a la mano de obra en su incansable esfuerzo por consumir el sueño colectivo. También se las devoraron. Los obreros se sintieron parte del proyecto, no flaquearon. Eran los arquitectos que edificarían el tránsito hacia el socialismo. Junto con el término de la obra gruesa, germinaron los fetos con un curioso sonido de cascareo que inundó la Alameda.

No se podían enumerar las variedades de naranjo que aparecían en sus dermis. Con infinitas combinaciones cromáticas, todos tenían capacidad mimética y generaban protuberancias peludas, verrugosas de brillo metálico que se confundían con la fachada del edificio. A través de un mechón de lenguas transparentes chupaban la savia de las vigas, movilizándose de un pilar a otro. Sus aparatos bucales succionaban en espiral la médula ósea de las columnas. Algunos tenían colas y reptaban por las paredes; otros, alas que les servían para un desplazamiento rápido. Con su vuelo indeciso, parecían hojas arrastradas por el viento. Los músculos motores, fascinantes en su variedad, eran capaces de darle gran impulso a las guaguas obreras que también construían y ayudaban a edificar. El susurro de sus extremidades, de formas altamente evolucionadas, era percibido con facilidad a distancia por los habitantes de la ciudadela. De apariencia tímida y frágil, estaban provistas de glándulas capaces de elaborar una sustancia viscosa y azucarada de la cual podían alimentarse. Sus pelos producían quemaduras a los enemigos, las anacondas intrusas. Al finalizar la metamorfosis, estaban preparadas para marcar y defender el territorio perimetral. El hombre nuevo se podía reproducir por sí mismo. Como no había machos ni hembras, ni machas ni hembros, se unían por el cuello consigo mismos mediante cordones umbilicales, por

los que inoculaban el material reproductivo. La guagua obrera no le ponía límite a ese momento de placer: la cópula podía durar más de 275 días. De cuerpos lanosos, tenían el abdomen ancho a causa de la gran cantidad de huevos que podían depositar. En la obra, en el colectivo blindado, las constructoras femeninas eran los trabajadores más eficientes. Con el casco y la guata y los pechos al aire, eran un muro inquebrantable, superproductivo; las madres del hombre nuevo. Vivían en pequeños túneles cercanos a las incubadoras de Namur y sus genitales generaron cuernos en V, formas triangulares con las que adoptaban una posición agresiva si eran molestadas. V de Venceremos.



Hemos trabajado 259 días. Faltan 16 días

Justo después de la fiesta de los tijerales dos obreros bajaron a los subterráneos de la UNCTAD y engendraron al niño, al hombre nuevo, en medio de las cartillas PERT. Querían procrear, concebir una genealogía para el edificio. Copulaban con ganas, con los overoles puestos, pero pensaban al mismo tiempo en la cantidad de trabajo que se les venía encima, el calor, la piel y la urgencia de completar la misión en el tiempo requerido. Se reían al verse tirando con la ropa puesta, apurados, a contrarreloj. No podían quedarse dormidos porque todas las noches debían hacer a mano los cálculos de estructura, perforar las tarjetas y verificar cada uno de los datos. Lo que no podían avanzar durante el día lo hacían durante la madrugada colándose en los computadores ociosos de la Universidad de Chile. Al término de la jornada de procesamiento de datos que duraba toda la noche, parían páginas y páginas con errores que debían corregir para alcanzar a llevar las cartillas a cada turno de trabajadores.

En vez de esperar hasta las ocho de la mañana para recibir los errores, iban a las tres de la madrugada a buscar los datos y se ponían a corregir y perforar las cartillas con la información correcta. Ambos estaban a cargo del sistema PERT, un software elaborado por el Estado que aseguraba la rápida construcción del proyecto arquitectónico gracias a una minuciosa programación de cada una de las obras. El modelo permitía el seguimiento de los progresos con gran detalle a través de una cartilla diaria que llegaba a los trabajadores con sus tareas y metas diarias. Los ingenieros introdujeron este método, que había sido creado para la construcción del Apolo 11, y le enseñaron a los obreros a usarlo. El PERT analizaba todos los datos y detalles posibles a todas las escalas, desde la cantidad de tornillos hasta el pronóstico meteorológico e incluso el estado de ánimo general de los trabajadores. Era muy diferente la productividad en un día de lluvia que en un día de sol. Todo era medible y se incluía en un diagrama de gráficos con cientos de actividades por hacer. El PERT medía el sacrificio diario de los obreros, cada lágrima, arruga, latido del corazón, pestañeo, parpadeo, sangrado de narices, la cantidad de espinillas, poros tapados, la cantidad de pelos que se les caían a diario, las grietas de las manos, la saliva que tragaban, las caries. Cuantificaba cada gota de semen y sudor, los óvulos, los cototos, los músculos tullidos, los calambres, las varices en las piernas,

los dolores de ciática, los pies que cojeaban, los callos en las manos, la tos, los escalofríos, las pecas, los lunares, los pedazos de piel, las vértebras dislocadas, el olor a cebolla en el aliento, el piñén que se sacaban cuando en los días de calor se restregaban con estropajos de cemento seco, las inhalaciones y exhalaciones. Los obreros trabajaban con la boca abierta para llevar más más oxígeno a la sangre y construir más rápido. El PERT estaba conectado directamente con los genitales de los trabajadores y contaba la cantidad de material genético útil, los días fértiles y los infértiles.

Las parejas de obreros no se escribían cartas de amor, se mandaban memos aprovechando el papel oficial de las tarjetas PERT. De: Lucy. Para: Vitoco. Ambos usaban el pelo largo y salían a vagabundear frente al Luis Campino o los Turri, dormían una siesta por el Santa Lucía o mirando el estanque de agua del Bustamante, construido sobre la antigua línea de tren a Puente Alto. Se quedaban dormidos y soñaban con procrear al hombre nuevo, el niño de cobre. Al despertar, se ponían a perforar las cartillas PERT. Se sacaban sus primeras canas, las pegaban con scotch en los memos y se las enviaban. De: Vitoco. Para: Lucy. No había palabras en los memos, sólo canas de todos los tamaños, espesores y tonalidades. En una cartilla PERT identificaron sus días fértiles. Destellaban en color rojo. Mes a mes actualizaban la tarjeta dependiendo de

los flujos menstruales y los gráficos ondulantes de deseo sexual. Tenían poco tiempo para la planificación familiar antes de la terminación del edificio. Al final de la tarde o al comenzar la noche se iban al subterráneo y escuchaban un longplay o leían el *Manifiesto comunista* editado por la Quimantú. Paraban, descansaban un minuto, mascaban una marraqueta y luego seguían con el coito popular. Fantasaban con engendrar a su hijo leyendo los minilibros, a Marx y Engels, algo que nunca llegaron a hacer. Quimantú era Sol del saber en mapudungun; su logo, un sol indígena, y, en la letra q, un ojo lector al medio. Veían a los obreros en la micro leyendo en masa esos libritos que costaban menos que una cajetilla de Hilton. Soñaban con armar una biblioteca familiar, la primera en la genealogía, y que un gran camión de Chuquicamata lleno de minilibros llegara a la UNCTAD para que los trabajadores sacaran los que quisieran. En medio de la cacha se imaginaban a su hijo hablando mapudungun fluido hasta que sus sonidos K se comieran a las C y al castellano por completo. Las K lo invadirían y transformarían en una lengua muerta, una ruina arcaica, un teatro sin uso. Imaginaban a los obreros hablando y discutiendo con fluidez en mapudungun en las micros, pilas de libros en castellano quemados en hogueras en las esquinas de la ciudadela y reemplazados por otros escritos en el nuevo idioma oficial. A la mierda el castellano. Ese era el plan

familiar detallado paso a paso en una serie de cartillas PERT. Imaginaban al niño o niña con 15 años estudiando en el Instituto Nacional y anotando en su cuaderno fiscal cualquier idea y chiste que se le cruzara. La tarjeta detallaba cada palabra nueva que el niño debía aprender jornada a jornada. No había tiempo que perder. Lo imaginaban nutriéndose bajo los techos altos del casino de la UNCTAD donde sonaban las cucharas y se vaciaban las bandejas humeantes de fideos con carne mechada, sopa del día y sopaipillas. Sindicatos, estudiantes de la FECH, FEUT y de la secretaría juvenil de la CUT, el Frente Patriótico de Mujeres, grupos de campesinos de Ranquil, empleados públicos, enfermeras del San Borja, obreros textiles y de la construcción tomaban mote con huesillo junto a su hijo en los Cachantún, piel suave en mapudungun, los vasos oficiales de la conferencia que tenían inscrita la palabra Bienvenidos en todos los idiomas de los países asistentes, incluido el mapudungun. Hacían chirriar las sillas contra el piso, armaban círculos y guitarreo, tarareo, barullo y parranda de mesa en mesa. Conversaban sobre organizar en los subterráneos de la UNCTAD un ciclo de películas de Raúl Ruiz, una maratón hasta la madrugada en un cómodo e informal cine, con cojines color oro en el suelo, donde se proyectarían eternamente todos sus cortometrajes y documentales *Ahora te vamos a llamar hermano, Realismo socialista, ¿Qué*

hacer? o *La expropiación*. En ellos, una familia mapuche habla sobre el derecho a recuperar sus tierras o un latifundista va radicalizándose hasta convertirse en un ferviente defensor de la Reforma Agraria y regala su fundo a los inquilinos que realizan al mismo tiempo el viaje opuesto, pasando de la izquierda dura hasta el derechismo absoluto para terminar rechazando las tierras y descuartizando al funcionario de la CORA que estatizaría el fundo. Ya no se podría decir que Ruiz era un cineasta desconocido y que nadie había visto sus películas. En la ruiztón de la UNCTAD estaría disponible su filmografía en orden cronológico y rotativo, sin fin. Desde *La maleta* hasta *Nadie dijo nada*. Así los obreros discutirían sobre sus títulos y cómo espejeaban y deformaban oblicuamente la identidad nacional. *Nadie dijo nada* nacía de uno de los diálogos de la película. Un poeta hacía un pacto con el diablo —que era argentino— para saber si se hablaría de él en cien años más. Y obviamente del poeta —que critica en una conferencia en la SECH la cobardía de los escritores chilenos— nadie decía nada en el Chile por venir. El guión era enjundioso. Los personajes viajaban al futuro, a un club social llamado Chile, ubicado en el extranjero y en un local adornado con murales sobre José Miguel Carrera, donde se homenajeaba y recordaba el país ya desaparecido. La trama también era un cuento que pretendían escribir unos poetas bohemios que farreaban

de noche, leían revistas de historietas, se burlaban de la Patria Joven y parecía que trabajaban de día en algún ministerio. Este club de Tobi sólo era quebrado por una poeta belicosa, interpretada con maestría por Shenda Román, que podía ser Stella Díaz Varín. Ella escribía un cuentito sobre el amorío entre un poeta imbunche y un niño ciego. El país que aparecía retratado era un Chile de eternas chuchás, borracheras y pataches, delirantes conversaciones en bibliotecas devastadas, pasos zigzagueantes por las calles de San Diego o avenida Matta de vuelta a la casa después del vómito etílico, de pactos y duelos de payas con el diablo y de peleas sin motivo en bares de los bajos fondos, una recta provincia plagada de diálogos sobre terremotos, botellas de pisco vacías, el triunfo en el concurso de la bandera más linda del mundo, el Nobel de Neruda y la mala suerte endémica del fútbol chileno. Filmada en 1965 en el bar El Parrón y estrenada en 1971, la película era interrumpida por cadenas nacionales del Presidente de la República, ridiculizado con voz aguda de pije, de cuico, palabra creada por el coa al mezclar las primeras letras de «culiao» y «conchetumadre». La visión ruiziana de la existencia rescataba algunas claves chilenas, resumidas en una escena de gran tristeza: uno de los poetas rechaza ese país del futuro recreado en el club social y dice que se retira del local porque «esto no es Chile». Como no quiere bailar una cueca entre puros

hombres, sale por una ventana y se va caminando por los techos de zinc oxidado. La trama, se informa, habría estado inspirada en una cofradía que Ruiz encabezaba junto al poeta Waldo Rojas y al narrador Germán Marín. Los amigos se hacían llamar Los tres chanchitos, La cofradía de los caballeros antiguos de Chile y del Perú o La orden de cocineros de Ferrocarriles. Era una organización a carta cabal con reuniones, registros, miembros y postulantes que debían hacer méritos y superar una serie de requisitos para ingresar a la agrupación; una sociedad impenetrable y secreta, animada por el gusto por la imaginación, la radicalidad y la extravagancia. Una de las cláusulas era que ninguno de sus socios honorarios debía saber nadar. Conversando sobre el nuevo cine chileno que vendría, sobre *Palomita blanca* y los naufragios que comunican *Nadie dijo nada*, *La colonia penal* y *Tres tristes tigres*, el malón de la UNCTAD no terminaría hasta altas horas de la noche, mientras el polvo color oro lo cubriría todo, fino y uniforme, como una mucosa. Eso imaginaban.

Hemos trabajado 260 días. Faltan 15 días

Los trabajadores aprendieron cómo alimentar con información las tarjetas PERT, unas papeletas llenas de hoyitos como los cartones de Polla Gol. Todos los días una copia impresa de la cartilla era entregada a la CORMU para evaluar el desarrollo de las obras. El niño pasaba la mayor parte del tiempo jugando en medio de las cartillas PERT. En ese subterráneo del edificio, donde había sido concebido, capeaba las tardes de invierno sin percatarse del transcurso del tiempo ni del trabajo sin descanso de sus padres. Ahí sus progenitores le organizaron una biblioteca, mientras el contador de los días trabajados y de los que faltaban para el término de la obra seguía su marcha. Los padres eran los encargados de cambiar cada mañana las tablitas de madera que indicaban las jornadas de esfuerzo obrero. Los progenitores planificaron que su hijo estudiaría en la UTE, la Universidad Técnica del Estado. Faltaban 16 años, 5.840 días, contabilizaban. La primera fase de su educación consistiría

en un currículo de lecturas que los padres agendaron en una tarjeta hasta su ingreso a la universidad. A los cinco años debería leer toda la obra de Francisco Coloane. A continuación, Baldomero Lillo, luego Manuel Rojas, todo Eduardo Barrios, Bombal, Brunet, Mistral, de Rokha y así sucesivamente. Mantenían el cronograma de lecturas al día a través de la cartilla PERT. De esa forma metódica iban a formar al hombre nuevo. La cartilla tenía contemplada actividades extraprogramáticas. Lunes: clases de guitarra. Martes: pintura. Miércoles: flauta dulce. Jueves: mapudungun. Viernes: historia. Sábado: cine arte. Lo que más le gustaba al niño era aprender mapudungun. Kafi costilla, Kaichun diarrea, Kaikun labrar, Kaiñe enemigo, Kaku hechizero, Kal lana, Kallfu azul, Kamch cizaña, Kanu tela, Kara ciudad, Kuru verde, Kashu ceniza, Kaulitun rasguñar, Kechan arrear, Kediñn trasquilar, Keipun escavar, Keli colorado, Kellun ayudar, Kepe terrón, Ketran arar, Ketre barba, Kewan lengua, Kachan lavar, Kafun estreñirse, Kafkafun empacharse, Kalchafun mojarse, Kalen cola. El niño engullía esas palabras, se alimentaba de ellas, las devoraba con hambre de conocimiento. Con estas clases sabrá todo lo que el hombre nuevo necesita, se decían los padres. Kaliwan quijada, Kalleñu lágrima, Kalman lamer, Kampun destrozarse, Katrin exprimir, Kimeln enseñar, Kintun mirar, Ko agua, Koke pan, Kanin cosechar, Koipu roedor de

río, Kolletun embriagarse, Kollimamall arrayán, Konkon entrar agua, Konumpan hacer memoria, Koñun parir, Kuden jugar, Kuifi hace mucho tiempo, Kupal nación, Kuruf viento, Kurretu sexo, Malleo homosexual, Domo wentru hombre-mujer o hermafrodita.

Los progenitores del niño siguieron trabajando en el edificio durante la conferencia como estafetas o telefonistas y luego del término de ella. Los padres obreros imaginaban al niño almorzando todos los días en el Casino Popular de la UNCTAD adornado con peces de mimbre tejidos por el artesano Manzanito. No se cansaban de animar a los trabajadores a luchar por sus derechos. No podemos vivir acobardados, les decían comiendo una bandeja de porotos con riendas y ensalada a la chilena, un vaso de mote con huesillos y una taza de té. La colación UNCTAD costaba 25 escudos: dos platos, postre y té o café. Cada usuario tomaba una bandeja y escogía uno de los cuatro menús. Se servían más de tres mil raciones al día, desde el desayuno hasta la medianoche. Asistían obreros, estudiantes, universitarios, profesores, oficinistas. No todos los miembros de la clase obrera eran iguales. Estaban los apatronados, los sindicalistas, los reformistas radicales y los revolucionarios. Mientras esperaban que el té se enfriara, lavaban los platos en el fregadero colectivo con vistas a la Alameda. Los peces de mimbre colgaban del techo muy lejos de

Chimbarongo. Entonces se llevaban el té al subterráneo donde colocaban las tazas sobre una pila de cajas con tarjetas PERT y libros de la biblioteca del niño. Después del término de la jornada laboral veían «Sombras tenebrosas», «La manivela», «Pin Pon» y «Música libre» en el televisor Antú. Lo que más les gustaba era «La sal del desierto». No se perdían ningún capítulo. Era una verdadera joya. Escrita por el dramaturgo Alejandro Sieveking para Canal 7, era protagonizada por Bélgica Castro, Paz Yrarrázabal, Rafael Benavente y Domingo Tessier. Ambientada a fines del siglo XIX en la época del gobierno de Balmaceda y el esplendor del salitre, abordaba las ideas progresistas que impulsaban que esa riqueza se destinara a la inversión social y pública, no al enriquecimiento de intereses extranjeros. La serie era un símbolo de la nacionalización del cobre. Mientras veían tele, el niño leía en ese subterráneo. Luego el padre le hacía pruebas de comprensión de lectura.

El niño no se separaba de un libro en especial. Ahí encontró un relato mapuche que le llamó la atención. La historia narraba la conversión de un zorro culpeo en domo wentru, cuando le permitió a un coipo que lo penetrara y el ano se le aflojó. El orificio tibio del zorro se regeneró como la cola de una lagartija. Los vasos sanguíneos derramados dieron nacimiento a las lombrices, su útero produjo quínoa, de su intestino

nació el amaranto, del esfínter surgió mijo. Del tubo digestivo, centeno. Del recto, maíz. De sus genitales, piñones. Del vello perianal, legumbres y trigo. Todo se lo imaginaba como una historieta. No podía dejar de abrazar su preciado hallazgo. Sus padres hubieran estado orgullosos de él. En vez de aprovechar el tiempo jugando a la pelota como el resto de los niños de la UNCTAD, contemplaba su cuento abortivo e hipnotizado. Lo que no se hubieran imaginado sus progenitores era que sus ojos no se despegaban de muslos, brazos, torsos y pubis ambiguos. Sus padres jamás hubieran sospechado de su adicción. No podía dejar de observar. No eran machos ni hembras, ni machas ni hembros, más bien las dos o las cuatro cosas a la vez. Durante la contemplación en ese nido bordado se hundía en el éxtasis. Había encontrado un objeto de deseo y se volvería adicto a esa belleza escondida en el fondo de un escondrijo. Su propio cuerpo le parecía esmirriado, incompleto y enjuto en comparación con la fibrosa musculatura de ese gigantesco clítoris peniano. Se miraba al espejo y se encontraba enclenque. No aceptaba no tener una anatomía perfecta como la de las fotos. Sus miembros le parecían debiluchos. Le daban vergüenza. Creía que así era la criatura más fea del mundo y que nunca nadie lo iba a querer. Ansiaba la intersexualidad de su libro. Como sus padres reprimían cualquier tipo de demostración de afecto, creía que la

gente no lo quería y que sólo le harían daño. Así decidió que no saldría más al patio de la UNCTAD a jugar con los demás niños. Pasaría horas encerrado leyendo sobre taxonomías biológicas, escribiendo en su cuaderno fiscal de composición un manifiesto sobre la genealogía de las ruinas futuras. Fantaseaba con una musculatura en forma de V. Imitaba las posturas físicas que asumían los seres del libro, admiraba su doble configuración. Deseaba parir, ser domo wentru, recrear su nacimiento en la incubadora de cobre, tener el privilegio de alternar las letras X e Y de su material genético, jugar a hacer combinaciones infinitas. Soñaba con que le dijeran la salvaje, la indolente, la perversa, la dictadora, la madre, la patriota.

Hemos trabajado 261 días. Faltan 14 días

En una mínima habitación los padres obreros escondieron las cartillas PERT junto al resto de los libros envueltos en forros negros. Estaban reclusos al fondo, relegados detrás de cajas y bolsas, apilados en desorden, devorados por tijeretas y sofocados por arañas de rincón en descomposición, agónicos, ahogados bajo el polvo de las estanterías. Decenas de títulos de distintos tamaños en los anaqueles que se multiplicaban hacia los costados, en estado de hibernación, sin que nadie los pudiera leer ni hojear. Zig-Zag, Nascimento, Quimantú, del Pacífico, Universitaria. Dentro de los libros el niño encontró flores secas, boletos de micros de la Empresa de Transportes del Estado, papelitos, envoltorios de dulces, anotaciones, cartas, poemas de su madre, panfletos y un recorte del diario con la noticia del triunfo de Allende. Subrayado con tinta: 1.070.334 votos. También estaban los cuadernos de caligrafía y latín de la Escuela Normal de su madre y la agenda de 1972. Ahí su padre registró su primer día

de trabajo en la UNCTAD, la fecha de su matrimonio civil y el nacimiento del niño-niña. Era sospechoso tener libros y los de su familia permanecieron confinados por años en esos cuartuchos, cubiertos con plásticos negros junto a las cartillas. El niño era el único que los leía a escondidas. Libros con ilustraciones, encuadernados, con tapas duras y blandas, algunos descosidos. *La sangre y la esperanza, Patas de perro, Juana Lucero*; los minilibros de Quimantú; *el Manifiesto comunista, El río, María Nadie*; las colecciones de *La Quinta Rueda, Cabrochico* y *Nosotros Los Chilenos*; *Chañarcillo, Subterra, El socio, Vidas mínimas, Cárcel de mujeres, Poemas y antipoemas*. Era mal visto leer en público y el niño siempre llevaba escondido su ejemplar de *Los conquistadores de la Antártida*. En la madriguera encontró un amarillento álbum de laminitas de la UNCTAD III con las banderas de todos los países participantes en la conferencia. Se ponía a hojearlo con la delicadeza de una reliquia. Jugaba con éste a elegir la bandera más bonita. Pasaba horas seleccionándolas. Siempre ganaba Cuba, Liberia, Japón, Brasil. Las clasificaba, las marcaba con un puntito de tinta para recordarlas. No olvida ese rito. Cree que nunca ha salido de esa bodega sin ventanas ni salidas. La primera imagen que vio de Allende fue en ese álbum Mundicrom. Bajo su fotografía decía: Presidente de la República elegido para el período 1970-1976.

Hemos trabajado 262 días. Faltan 13 días

Sus progenitores deambulaban por la placa, la torre, los pasillos, los salones. Fue concebido en el edificio y ocho meses después la UNCTAD lo dio a luz bajo el vitral de volantines, la matriz de luz. Su madre le confesó que estaba temerosa de que fuera a pasar lo mismo que con su hermana. Al niño le fascinaba ver emerger entre la planicie de techos esa mole que desentonaba con el resto. Fantaseaba con que era una nave extraterrestre que había aterrizado en el lugar, sepultando varias casas. Pasó meses pensando sobre el origen de la mole hasta que durante un almuerzo de domingo en el Casino Popular le preguntó a sus padres. Le contaron que era el edificio de la UNCTAD, construido para los trabajadores y sus familias, el centro cultural metropolitano, la torre de las mujeres, el comedor popular. Construido por la clase obrera, luego del término de la conferencia fue devuelto a los constructores. Contenía murales, obras de arte y peces de mimbre. Durante el almuerzo le contaron la historia de su hermana mayor. Hasta ese momento el

niño creía que era el primogénito. No era así. Dos años antes de su nacimiento concibieron a su primer hijo, una niña que murió durante el parto. Agonizó asfixiada por su cordón umbilical y tuvo un cálido deceso mientras salía del útero de su madre. Se despertaba en las noches angustiado después de soñar con la imagen de su hermana acordonada, ahorcada. Se la imaginaba angelical, movediza, siempre con esa trenza de carne atada a su cuello. Ella flotaba rodeada de un líquido tibio dentro de un útero imperecedero al interior de la UNCTAD. La secuencia se negaba a agonizar. No debo dormir, no debo dormir, decía el niño. Si me duermo, ella llegará. Luchaba para no caer en el sueño. Se recuerda caminando sonámbulo. Siempre se detenía frente a una foto familiar donde estaba su madre embarazada. Pensaba que el bulto en ese vientre era él, pero la protuberancia abdominal de la foto también podía ser su hermana muerta. Recuerda que mientras caminaba dormido se paraba frente a la fotografía, luego seguía caminando y regresaba a acostarse. Una noche soñó que se dirigía hacia el camastro de sus padres y los atacaba con un cuchillo. Ellos discutían y él acostumbraba a espiarlos. Su padre se acercaba a su madre, ella lo rehuía. Él la forzaba. Dejaba de mirar y se iba a su pieza. El sueño fue desapareciendo y cuando cumplió 17, se empezó a dejar el pelo largo. Se fue empezando a parecer a su hermana muerta.

Hemos trabajado 263 días. Faltan 12 días

Nació ochomesino. Al salir, el cuerpo de su madre fue reemplazado por la incubadora del edificio. Ya conocía la rutina, los procedimientos. Lo palpaban, lo auscultaban con extraños aparatos. Le taponaban todos los orificios y retornaba el profundo silencio de los tubos, las dilataciones y contracciones de ese ano arrugado que observaba, rojo y tecnológico. Cuando trataba de escribir pensaba que los tajos nunca cicatrizarían. Soñaba con un ángel que le lamiera. Sólo quería que le colocaran compresas húmedas de su saliva para dejar de pensar en las infecciones. Escribía para esas costuras. Caían rítmicamente las gotas de tinta sobre las hojas de papel roneo áspero. Con los ojos sellados, inmóvil dentro de la incubadora, creía escuchar una voz que le dictaba. Cada cierto tiempo se hacía un silencio en el que creía escuchar gemidos. Tomaba la pluma fuente con un gesto ceremonioso, como cuando el taxidermista coge un cuchillo y una inyección de formol para disecar el clítoris peniano de